

DISCURSO DE APERTURA
DEL CURSO 2019–2020

PRONUNCIADO EL DÍA 4 DE OCTUBRE DE 2019

POR EL ACADÉMICO NUMERARIO

EXCMO. SR. D.

JOSÉ ANTONIO GÓMEZ MARÍN

LA LUNA DE UN SABIO. SOBRE EL SABER “ILUSTRADO” DE LOS JESUITAS EXPULSOS.

Por JOSÉ ANTONIO GÓMEZ MARÍN

Al cumplirse este año el medio siglo de la llegada del hombre a la Luna, he pensado en lo pertinente que puede ser conmemorarla en esta Real Academia con la evocación de un olvidado viaje sideral y la visita a nuestro satélite de un sabio español, también olvidado, cuyo perfil científico sigue resultando hoy formidable a nuestra aminorada visión intelectual. Hablaré, en consecuencia, del que nos legó en su obra el abate conquense Lorenzo Hervás y Panduro, uno de los jesuitas más destacados del exilio impuesto a la Compañía de Jesús por Carlos III o, más propiamente, por sus omnímodos ministros “ilustrados”, que en ella vieron un enemigo irreconciliable del “despotismo ilustrado”, es decir, del Estado secular que fomentaba el airón jansenista del momento. Un personaje maltratado del que se han ocupado, sin embargo, con brillantez, dos compañeros de nuestro Real Corporación: el profesor Aguilar Piñal y nuestro “correspondiente” Antonio Herrera. Me veré obligado a recorrer esta memoria a grandes zancadas, tal es la variedad de los aspectos que el tema suscita y la compleja vastedad de la obra de nuestro abate. Una increíble producción que abarca, inscrito en un horizonte enciclopédico, desde el enfoque filosófico y el teológico al moral, pasando por intereses tan diversos como el de una antropología

en ciernes o la afición astronómica –tan clásica en su tiempo y, en especial, en su Orden–, el cultivo de la Historia, una pionera curiosidad por la sociología o, en fin, por la Religión, la política, la cronología o la crónica. Su inmensa laboriosidad reportó a Hervás una fama considerable en aquel siglo atento y curioso, que reparó enseguida en la envergadura y la precocidad de su aportación al estudio de la Lengua, tanto como en el ingenio de su famoso método educativo para sordomudos, percibiendo, desde luego, el carácter “enciclopedista cristiano” que constituye, sin duda, su rasgo y condición más cabal. Una obra colosal, escrita durante su exilio en italiano y traducida luego al español con un denuedo sólo comparable a su ambición intelectual.

Todavía en el siglo XIX, un aristócrata polaco políglota y adornado también de un saber enciclopédico, el conde Jan Potoski, conjuró la memoria de nuestro abate en una novela que popularizó Roger Callois considerándola “una obra maestra de la literatura fantástica”. Y fue el traductor y prologuista de esa novela –el poeta malagueño José Luis Cano– quien, a finales de los años 60, nos la descubrió cuando aún se dudaba de que el dudoso Hervás que protagonizaba aquel relato fuera trasunto del sabio conquense, contra la opinión de mi maestro Maravall y la tajante afirmación que hizo en su “proólogo para lectores españoles”, otro maestro, don Julio Caro Baroja, visiblemente enojado con el trato no poco denigrante que Potoski daba al sabio jesuita del que, todo hay que decirlo, apenas quedaba entonces otro recuerdo que el que le consagraban algunos críticos devotos en escondidas publicaciones y el forzoso que Maravall imponía en su temario de “Historia del Pensamiento Político Español”.

Escasa atención restaba de aquel autor, sin duda relevante, a pesar de la atención que le dedicaran –tras una remota conferencia de Balbín de Unquera– Menéndez Pelayo, Fermín Caballero, su paisano González Palencia, el bibliófilo Simón Díaz, el sabio padre Batllori, Carmelo Viñas, el padre Fita, Amor Ruibal, don Antonio Tovar, Lázaro Carreter y, bien que de pasada, Javier Herrero en su clásica obra sobre el pensamiento reaccionario. Maravall ponderaba su figura y su talento, aunque su interés, en el marco de nuestra disciplina, se centrara en el último Hervás, es decir en el furibundo antirrevolucionario que, con una energía

burkiana, veía en la Revolución Francesa el enemigo histórico del Altar y del Trono. Y recuerdo que en la clase que le dedicaba no dejaba de subrayar la paradójica suerte del viejo jesuita expulso y perseguido tanto por los jansenistas “ilustrados” como luego habría de serlo por Godoy. Hervás era para él, en este sentido, un ejemplo más de la distorsión histórica española tantas veces confundida en sus propias contradicciones.

En el ilustre caserón de la Academia de la Historia se conserva el espléndido retrato de un abate en cuyo sereno continente resulta fácil intuir el carácter de un hombre curtido en las maneras cortesanas. El retrato es obra de una pintora austriaca que alcanzó renombre como retratista en la Europa de su tiempo, Angélica Kauffmann, mujer de vida apasionante entreverada ya del aura romántica, que fue íntima de su colega Reynolds y trabajó con Goethe la amistad de la que éste da testimonio en su “Viaje a Italia”. Y el abate no es otro –ya lo habrán imaginado– que don Lorenzo Hervás y Panduro, miembro notable de aquella pléyade itinerante, que pronto alcanzaría fama entre los sabios de su tiempo no sólo como luchador incansable en defensa de su Orden sino en su condición de sabedor singularísimo. Angélica pintó a Hervás poco antes de su muerte y le sobrevivió brevemente, pero su obra testimonia una rara capacidad psicológica que casi nos permite penetrar sin esfuerzo la intrincada personalidad de nuestro personaje.

Hemos de matizar, en todo caso, lo que va dicho sobre el olvido de Hervás –que ciertamente fue casi absoluto tras su desaparición–, avisando de la multiplicación de autores, algunos excepcionales, que, durante el siglo pasado y en lo que va del actual, se han ocupado del personaje y de su obra. Uno de ellos, el profesor Astorgano Abajo, tal vez el estudioso más relevante de esta nueva hornada, ofrece el sorprendente dato de que hoy pueden encontrarse en las redes más de 1.700 cumplidas referencias a Hervás aparte de dos centenares de estudios y no pocas tesis doctorales, un material extenso e incómodo que he revisado hasta la extenuación hasta concluir que lo llamativo hoy, más que ese presunto olvido, sería la impenetrabilidad de una cultura como la nuestra, tan caprichosa como tenaz a la hora de mantener sus yerros y omisiones.

Si hoy puede interesarnos Hervás y Panduro es, sobre todo por su incuestionable talla como polímata o por su colosal erudición, por el peculiar estilo de su “enciclopedismo” y su vidrioso pero intenso sello “ilustrado”, compatibles ambos con un espíritu católico en permanente y no poco forzado equilibrio con las exigencias que en su época impone el racionalismo francés dominante. Que Hervás, como se ha observado, logre mantener su fidelidad religiosa sin perder el paso que le marca el progreso intelectual del “enciclopedismo” es, realmente, admirable, pero es por completo cierto. Como muchos de sus compañeros de generación y, desde luego, como la mayoría de los jesuitas, comprobamos fácilmente en su obra —señala Astorgano— cómo el pensador se mueve entre la resignación y la incomodidad, decidido a no renunciar a su insaciable propósito investigador pero compatibilizando la indagación intelectual con las ligaduras que a su fe impone el racionalismo, como empeñado en probar que la pesquisa científica, por arriscada que parezca, puede conciliarse con la disciplina ortodoxa. El drama interior de estos espíritus entrillados en la tensión entre el radicalismo “enciclopédico” y el mandato ignaciano de fidelidad al papado, resulta verdaderamente notable, en especial en momentos en que el Papa de turno, forzado por el regalismo, acepta su expulsión, decreta la disolución de la Compañía o incluso, llegado el caso, apunta sus cañones romanos para impedir el desembarco de los expulsos en su territorio. Habrá entre esos exilados quien, como el padre Isla, murmurará sin tregua hasta su muerte refugiado en el amplio círculo jesuita de Bolonia o quien, como Hervás se abisme en el trabajo sin perder el contacto con la realidad y acabe nada menos que como íntimo colaborador de Pío VII, que le nombraría bibliotecario papal en el palacio del Quirinal y con quien convivirá cercanamente en los momentos cruciales del abuso napoleónico.

¿Cómo explicar la voluntad de ese mundo casi clandestino, vigilado de cerca por las autoridades carolinas y sometidos a un apretado régimen económico impuesto por los subsidios concedidos por la Corona? Una comunidad en constante desvelo, que es capaz de enfrascarse colectivamente en trabajos e investigaciones, crear numerosos observatorios astronómicos, revolver a destajo archivos y bibliotecas ajenos, sin dejar de mantener su

pulso con la enemiga de un poder político declaradamente hostil: ese es el cuadro que ofrece el exilio jesuita y constituye, además, un logro que merecerá el elogio de tantos críticos como han lamentado la pérdida que la expulsión supuso para España. En Hervás encontramos el perfil, admirable y tan dieciochesco, de esos espíritus quebrantados que se empeñan en leer a un tiempo el “libro de la Naturaleza” y la Escritura revelada, convencidos, frente a la cerrazón integrista postridentina, de la necesidad del estudio secular para el “filósofo cristiano”, el cual, “por máxima de la religión, profesa útil y aún necesario el estudio s las ciencias y contempla la sabiduría como dimanación divina”. Frente al aislamiento del creyente, ellos defienden que el hombre, y más el religioso, está obligado a buscar “las razones físicas que se hallan en las mismas cosas creadas que Dios ha puesto ante su vista”.

Un saber universal, una curiosidad sin otro límite, estima Zamora Munné, que la discreción ortodoxa: he ahí una difícil tarea para quien, en el fondo, como señalara Antonio Tovar, se propone replicar la “Enciclopedia” de Diderot y D’Alambert con otra cristiana que permita la imprescindible renovación cultural, porque –dice Hervás– “en el buen uso de la razón y el estudio de la Naturaleza se funda también nuestra felicidad temporal”. Esa es la intención última de su colosal “Idea del Universo”, en cuyos 22 mamotretos cabía, en efecto, la noticia de un conocimiento enciclopédico. Son tiempos difíciles en los que el estudioso ha de cuidar su equidistancia entre los hallazgos recientes del saber y el peso de la cultura tradicional, por ejemplo, bandeándose entre el absurdo anticopernicanismo oficial de la Iglesia y el convencimiento de que una visión como la newtoniana resultaba un sistema idóneo para “explicar físicamente el mecanismo de los cielos”. Porque, ¿acaso no es compatible –bien entendido– el argumentario “enciclopedista” con la integridad ortodoxa, no es o trata de ser la teología –ya desde la baja Edad Media– independiente de la razón científica? Si Tovar ve en ello una intención conciliadora y Steven J. Harris cree que la dedicación de los padres a la ciencia no tiene otro fundamento que la “espiritualidad católica, que está en el núcleo –dice– de la “ideología jesuita”. En su excelente estudio, Agustín Udías recoge la opinión del padre Secchi de que “la verdadera fe no es hostil a la ciencia, sino que

una y otra son dos rayos de un mismo sol que deben iluminar nuestra inteligencia por la vía de la verdad” y recuerda la opinión de un experto moderno, Timoty Toohig, de que “hay una cierta analogía entre el trabajo de los físicos y la búsqueda de Dios”.

Sin espacio posible para exponer la evolución del saber astronómico anterior, me limitaré a recordar que la generación de Hervás se halla en un momento intenso del saber, para el que ya queda lejano la teoría de los orígenes –el sistema aristotélico tanto como el ptolomaico e incluso la idea platónica de los “movimientos circulares uniformes”– al haber caducado la idea del “universo cerrado” para ser sustituido por un sistema de esferas concéntricas en el que se discutía sin tregua el lugar del Sol y el correspondiente a la Tierra. Los historiadores de la Ciencia como Crombie o Dampier y, sobre todos, Taton, coinciden en que el gran vuelco no se producirá hasta el Renacimiento, con la “revolución copernicana” y el seísmo epistemológico que provocarán, tras las intuiciones baconianas, los decisivos descubrimientos de Copérnico, Tycho, Kepler y Galileo. Un sistema universal se entrevé entonces que sólo será definitivamente ajustado por Newton.

Es ante esa perspectiva donde hay que recordar a la generación de Hervás, el jesuita obediente –que tal vez llegó a la Orden sin excesiva vocación y que consta que nunca fue buen aprendiz de teología–; el amigo que convive con el Papa en su residencia del Quirinal –¡en plena persecución napoleónica!– regentando la Biblioteca Pontificia; una figura descollante entre los expulsos que, eso sí, pasa como sobre ascuas sobre las tambaleantes filosofía y teología postridentinas a la hora de anteponer la Razón a toda instancia cognitiva y exige el concurso de la experiencia. Es el ocaso de la Escolástica rutinaria eclipsada por las Luces. Tanto, que un espíritu disciplinado como el de Hervás proclama en nombre del estudioso que “nuestro objeto será la Verdad; la Razón y la Experiencia serán nuestras fieles guías; y la fantasía solamente nos servirá para navegar y pintar para figurarnos todo lo que hemos de ver”. Años antes, el fray Ovando que firma la censura del “Piscátor” de Torres Villarroel aceptaba ya que, en operaciones mentales como la emprendida en esa obra (un vuelo espacial, como es sabido), “ni el cabezón del juicio, ni la rienda

del discurso, montan en la imaginaria sin más seguridad que la silla sin estribo de la fantasía”, de esa fantasía que Torres reconoce como “el único lazarillo” de su viaje vital. Cuando contemplemos el *Viaje extático al mundo planetario* proyectado por Hervás hemos de encontrarnos con una posición similar, salvada la grave distancia intelectual que separa a ambos personajes.

Resulta clave consignar que, a pesar de las tensiones que actúan todavía en la sociedad, la tarea de aquellos religiosos exilados no se limitó al ámbito de las Humanidades, sino que afirmó su voluntad de conocimiento científico en el sentido más actual, es decir, en el inevitable horizonte “enciclopedista”. Ellos crean, como va dicho, nada menos que 30 observatorios astronómicos, como una prolongación lógica del generalizado interés matemático de los padres sucesores de Clavio, sin descuidar la indagación física, hasta el punto de que Spengler habla del “estilo jesuítico” de esa disciplina y ve en la Física del XVII una creación surgida en el ámbito de la Compañía. Sabios como Hervás y sus hermanos de Orden creen –siguiendo de cerca la espiritualidad propuesta por Loyola– que el conocimiento mismo es “un camino de salvación”, algo sorprendente, sin duda, que ha acumulado una extensa bibliografía de la que, sólo a título indicativo, citaré ahora las aportaciones de Steven J. Harris o Agustín Udías. ¿No decía Ignacio –casi como la doctora Teresa– que “se podía encontrar a Dios en todas las cosas”? Udías sostiene que el sabio astrónomo Secchi mantendrá que “la contemplación de las creaciones de Dios constituye una de las nobles obras del espíritu”. Pues como Hervás, aquellos sabios forzados a la itinerancia, no sólo siguieron esa incitación, sino que hicieron de esa espiritualidad científica un instrumento esencial de su ministerio apostólico. Esa vocación científica explica la “misión” jesuita, tan extraordinaria alguna vez como la realizada en China tras la llegada del famoso padre Matteo Ricci, donde los misioneros –interesados en la tradición astronómica de aquella cultura– se plantaron ante el Emperador con una propuesta astronómica que les granjearía el respeto imperial y haría posible su llamativa adaptación a los usos y costumbres indígenas hasta conseguir un inaudito intercambio cultural, llegando a dirigir el Observatorio Imperial. Hervás conoce esa aventura cuya envergadura y trascendencia expuso

admirablemente, entre otros autores, Jonathan Wright en su obra *God's soldiers*.

No hay espacio aquí más que para reseñar a galope la extensa nómina de jesuitas que destacaron en el terreno científico, en especial en el periodo del destierro y la disolución de la Orden. Eludiendo los antecedentes renacentistas, baste con recordar en los siglos siguientes a personalidades como Atanasius Kircher, Giovanni Batista, Giovanni Riccioli, Valentín Stensel o Ruder Boscovich. Y fue en los muchos y prestigiosos colegios y universidades de la Compañía -el botín que tentaba a los jansenistas desamortizadores de Carlos III- donde se enroca, como en un fortín, esa pléyade singular que, por un lado, inquieta a sus colegas tradicionalistas y, por el contrario, difunde en los círculos “ilustrados” y, de modo especial, en los ambientes jansenistas, la imagen fantasmal de “un Estado dentro del Estado” (que es, en el fondo, el argumento último del Decreto de expulsión redactado por Campomanes el año 1767), la imagen en definitiva de un enemigo político que resultaba imprescindible eliminar, primero disponiendo la expulsión y, posteriormente, la disolución de la Orden, cuyo inmenso patrimonio cultural y económico, todo debe decirse, era como va insinuado, su auténtico y ansiado objetivo. Se ha reconocido que el choque entre el espíritu “ilustrado”, con su marchamo “reformista”, contra el sólido montaje jesuítico tendría algunas ventajas en el sistema educativo español, pero tampoco es dudoso que habría de provocar el daño difícilmente reparable contra el que claman -no siempre con la debida mesura- desde Leandro Fernández Moratín a Menéndez Pelayo y otros muchos hasta llegar a las aplastantes razones del padre Batllori. El propio Wilhem Humboldt, reconociendo la posible necesidad de su reforma, lamentó la expulsión de la Compañía y que acabaría destruyendo “con saña su obra en las más remotas partes de la Tierra, (cosa que causará asombro a la posteridad, menos parcial y menos ingrata”.

Pero el interés por las ciencias positivas no era nuevo, como señala el propio Batllori, en una orden religiosa que contaba ya, además de los ya citados, con talentos reconocidos como los del gran matemático Clavio, el genial Atanasius Kircher o el astrónomo Francesco Grimaldi. En aquel colectivo excepcional

se apretaban científicos de primer orden como Hevelius, Cassini, Caramuel (el amigo de Gassendi), Sarmiento (el más erudito y fecundo de los polígrafos, según don Marcelino, cuyos primeros estudios, antes de ingresar en OSB, tuvieron lugar dentro de la Compañía), juntos y revueltos con humanistas señeros como Masdeu, el gran Juan Andrés, el santo José Pignateli, Burriel o el benedictino Caramuel (“el Leibnitz español”, se le llamó en su tiempo), un elenco selectísimo que contribuye a situar al pensamiento “ilustrado” español en la primera línea que tantas veces se le ha regateado desde fuera.

Debe precisarse, en todo caso, que lo novedoso, lo propiamente “ilustrado” en estos jesuitas dieciochescos es una nueva y más intensa valoración de las ciencias físicas frente a las metafísicas, una actitud que explica el calculado rechazo de la ideología escolástica comprobable en Hervás y sus compañeros de exilio, para la mayoría de los cuales la herencia tomista no merecía más que un discreto reconocimiento.

Lo interesante es percibir la tensión intelectual en que se desarrollaban aquellas tareas científicas tan incómodamente vigiladas y en las que participaban ya abiertamente nuevos actores hasta entonces desconocidos como la imaginación matemática o la experimentación. Es verdad que no sin resistencias como la que supuso la proscripción del heliocentrismo en el Decreto de 1616 o la exigencia de respeto para el aristotelismo que, apoyado en una censura severa, pretendió el cardenal Aquaviva en 1613, obstáculos ya lejanos en tiempos de Hervás pero que nunca desaparecieron por completo, y que muchos padres no respetaron en ocasiones –como señala Siebert entre otros– “con la connivencia de papas y emperadores”, aparte de que la Escolástica derrapaba hacía tiempo en una clara caída hacia la obsolescencia. No parece convincente la idea de que el compromiso de fidelidad de la Compañía hacia al Papa interfiriera a fondo el proceso de modernización en que la Orden andaba embarcada hacía tiempo porque cuando nos asomamos de cerca a la obra de aquellos sabios hemos de admitir que –a pesar de los famosos “prefectos de estudio” y otras célebres censuras– la evolución modernizadora de los jesuitas intelectuales fue innegable, y también que posiciones tan llamativas como la mencionada proposición censora

del heliocentrismo y la prohibición de la obra de Copérnico que permanecería en el Index hasta 1835, no pesan sobre estos pensadores más que como una rémora superable. Hervás se tienta la ropa al respecto, como otros muchos, pero es obvio que no siente por esa antigualla epistemológica más que un respeto impuesto y residual. Los astrónomos religiosos que, como el propio canónigo Copérnico veneraba al Sol hasta casi divinizarlo, o que como Kepler contemplaba arrobado el cielo nocturno en el que creía “ver a Dios Padre”, asumían que “Dios se atuvo al principio de los números perfectos en la creación”, de modo que, como escribe el historiador Dampier, “la armonía matemática latente en ella, así como la música de las esferas, son la causa real y comprobable de los movimientos planetarios”. La revolución del saber en el XVII es imparable y el hallazgo de las miríadas de estrellas de la Vía Láctea amenazaban con dar al traste con el eterno mito. Es importante comprender que si Galileo se muestra afín a Kepler tanto como a Newton al indagar las relaciones matemáticas entre los fenómenos, no lo hace para averiguar sus causas físicas sino para desentrañar las leyes inmutables por las que se rige la Naturaleza, “sin preocuparse –dice– de que sus razonamientos sean comprendidos o no por el hombre”. Y hay que decir que ese rechazo tan irracional del mito no fue monopolio exclusivo de los católicos, pues Lutero condenó presto el *De revolutionibus* y sus seguidores –desde Melanchton a Caspar Peucer– mantuvieron la misma postura. ¡Pero no olvidemos que lo mismo haría en su momento Tycho Brahe, y es que, tanto como esta oposición por principio, funcionó el argumento de que la “novedad” iba contra el sentido común y contra la tradición doctrinal!

La mayoría de esos cultivadores cristianos de la “ciencia nueva”, racional y empírica tiende enteramente, por lo demás, a justificar la constante intervención de lo sobrenatural en el desarrollo de la fenomenología física. Taton ha señalado que mientras una mente como la de Kepler concede una insólita importancia a ese misticismo, su educación intelectual lo obliga a tender por completo a justificar la constante intervención de lo sobrenatural aunque convencido de que sólo la “observación” permite decidir la validez de un principio científico. Con ironía remacha Taton que ¡hasta de los errores se sirve Kepler para encajar una ley

física! Ello explica que en su *Astronomía nova*, el astrónomo dice explícitamente que “es necesario dar gracias a Dios por ello y aprovechar esa ventaja”, como explica que, en 1619 y en su *Harmonia mundi*, ofrezca al lector complejos y precisos cálculos mezclados con extensos comentarios místicos. Con razón se ha remarcado con extrañeza lo inverosímil que resulta que un edificio estructurado con tanto orden y rigor haya sido concebido por una mente inmersa en concepciones míticas tan alejadas de las que la ciencia acabará imponiendo.

Pero el rasgo más prominente del sabio Hervás radica en su visión lingüística, destacada modernamente, primero por Thosem y más tarde por Arens o Georges Mounin. Buena prueba de ello son los múltiples y egregios reconocimientos recibidos por su obra, entre los que destaca el de Guillermo de Humboldt quien, como joven diplomático conoció al ya envejecido abate en Roma, manteniendo una cordial relación que le granjeó nada menos que la cesión gratuita por parte de Hervás de su incomparable colección de materiales filológicos, en la que se incluían, junto a los recibidos de los misioneros jesuitas, sus propios trabajos. Esa relación ha sido estudiada más de una vez –desde Menéndez Pelayo a Tovar, Lázaro Carreter, Antonio Astorgano, Zamora Muné, Brea Claromonte, Feliciano Delgado, Zarco Cuevas, Hevia Ballina, María Rodrigo, Mara Fuertes y sus biógrafos, sobre todo Fermín Caballero y el padre Portillo– y, muy certeramente, por el padre Batllori en su obra clásica sobre el exilio de la Compañía. Y hay que reconocer que Humboldt, se apropiara o no deliberadamente del saber de Hervás, dejó en una carta a Friedrich Wolf una borrosa alusión reiterada en otras ocasiones: la del “viejo Hervás”, hombre muy sabio pero, en su opinión, poco capaz como investigador que, eso sí, le había cedido toda su documentación sobre las lenguas del mundo “con la sola excepción del esquimal”, así como la relativa a todas las lenguas amerindias utilizadas en sus estudios. El tema, muy debatido, ha sido zanjado, a mi entender definitivamente, en la rotunda y bien documentada obra de Coseriu “Lo que se dice de Hervás”, además del estudio fundamental de Klaus Zimmermann y fue testimoniado por el padre Diosdado Caballero, íntimo amigo y albacea de Hervás, quien afirma conocer la cesión de los materiales a Humboldt por boca del propio abate.

Otros expertos, sin embargo, alaban sin reservas a nuestro abate, empezando por el padre André Spagni, jesuita y contemporáneo suyo, que elogió su obra como un dechado de ingenio, memoria y erudición. El célebre naturalista alemán Peter Simon Pallas sería otro de los beneficiarios de la documentación hervasiana, según Fermín Caballero, tanto como el gramático Friedrich Adelung y el continuador de su famosa obra *Mithridates*, Johann Severin Vater, que aprovecharon, entre otras cosas, la colección de 500 Padrenuestros indígenas traducidos que Hervás poseía. La obra lingüística de Hervás adquirió un rápido prestigio en la Europa de la época, donde los lingüistas decían apreciar que la información morfé mica de las palabras que realizó le permitió un mejor conocimiento del funcionamiento interno de numerosas lenguas. A mi juicio, es Astorgano junto a Brevia Claramonte, quienes aclaran que el método hervasiano para averiguar la estructura de las palabras y sus taxonomías de familias lingüísticas “sirvieron a Humboldt para extender el estudio a lenguas de otros continentes”. Adelung y Vater –que con tan colosal despiste se refieren a Hervás a pesar de su deuda impagable– llegan a firmar que el método morfosemántico del abate conquense era, en aquel momento, “el único camino para descubrir la estructura del lenguaje”, y permitía comprender que “las diferencias entre idiomas no significaban necesariamente falta de relación genética”, de la misma manera que tampoco “determinadas semejanzas implicaban obligadamente una relación de parentesco”.

El elogio más vehemente, a mi entender, es el que le dedica el insigne filólogo Max Müller en sus *Lecturas de la Ciencia del Lenguaje*, una reflexión que data de 1861 y da a conocer Menéndez Pelayo, y en la que prodiga sus méritos hasta el punto de conceptuarlo por encima del extravagante Court de Gibelin, e informar que se ocupó de 300 lenguas, compuso gramáticas de 40 idiomas, “y fue el primero en sentar el principio más capital y fecundo de la ciencia filológica, a saber, que la clasificación de las lenguas no debe fundarse en la semejanza de sus vocabularios sino en el *artificio* gramatical”, atribuyéndole el establecimiento de las lenguas malayas y polinesias mucho antes de ser anunciado por Humboldt. Tan valorado, pues por los grandes maestros de la época, Hervás acaba, de hecho, por ser considerado –con

la prudente discrepancia de Coseriu— “el padre de la Lingüística comparada”, al tiempo que su obra principal, *Catálogo de las lenguas de las naciones conocidas y enumeración, división y clases de éstas según la diversidad de sus idiomas y dialectos*, se convertirá en un texto de referencia incuestionable. Ideas como la de que “las lenguas no son sólo códigos de hablar, sino modelos para hablar y pensar” anuncian un enfoque que tardará aún mucho tiempo en consolidarse, así como otras intuiciones que Astorgano ha sabido poner definitivamente en claro, y que Zamora Munné resalta, a su vez, recordando el hallazgo que hace Hervás de la relación entre el sánscrito y el griego o del latín y el germánico antiguo, con anterioridad al anuncio de Williams Jones. En resumen, he de añadir, siguiendo a este estudioso, que Hervás demostró también las relaciones entre las lenguas de la familia fino-úgrica, despejó los problemas que arrastraba el conocimiento del rumano y sus dialectos, al tiempo que se ocupaba de las malayas y polinesias, facilitando una visión global de las lenguas africanas e indoamericanas. Los materiales que recaudó entre los misioneros que llegaban al exilio fue, sin duda, un tesoro no sólo para Humboldt y algún otro. Pero insistiré todavía en la modernidad que supone su propuesta de relacionar el lenguaje o la gramática con el pensamiento tal como explicita este párrafo:

El orden de ideas en cada hombre... es según el orden que el *artificio* gramatical da a las palabras, o sea, que el *artificio*... con que se ordenan esas palabras no depende de la invención humana sino que es innata y, por ende, universal.

Como puede verse, el sabio jesuita tuvo siempre un pie en la antropología, cuyas bases, de hecho, contribuyó a sentar.

Pero volvamos al Hervás “astronauta” para detenernos en su viaje y visión de la Luna, aunque hayamos de hacerlo sin tiempo siquiera para encuadrarlo en el marco de eso que se ha llamado la “astronomía jesuítica”, un inmenso movimiento investigador en el que se inscriben nombres señeros como el matemático Clavius, (amigo cercano de Galileo, quien por encargo de Gregorio XIII reformó el calendario), Riccioli, Grimaldi, Schneider, J.B. Cysat, el fabuloso Atanasius Kircher (del que Ignacio Gómez de Liaño ha escrito un libro memorable), Valentín Stansel, Ch. Grienberger, Niccolo Zucchi, Charles Malapert, Giuseppe

Biancani, entre tantos otros. El propio Gregorio XIII auspició el estudio astronómico desde el Colegio Romano y fueron muchos los observatorios creados por la Compañía, cuyos miembros, tras el pontificado de Pío X, dirigen por tradición el Observatorio Vaticano.

Hervás conoce y cita en su *Viaje* a amplios sectores de la ciencia de su tiempo respecto a la que se mantiene en una discreta pero amigable distancia, y en realidad ese “viaje” no es sino un ensayo de divulgación de la astronomía contemporánea enfocada desde la perspectiva católica. Ya he comentado que no sin contradicciones, singularmente de ésa tan curiosa como su distanciamiento del heliocentrismo forzado por el Decreto vigente. Ése es un tema bien estudiado –me remito, por ejemplo, al trabajo de A. Alatorre– que sólo se entiende desde la complejidad ideológica introducida en la conciencia general por la influyente religión católica y del que el “*eppur si muove*” de Galileo no deja de ser un guiño esclarecedor.

El “cielo de los antiguos”, como decía Voltaire, atrajo siempre y sigue atrayendo a los terrícolas (¡incluso a Trump!), que siglo tras siglo han imaginado viajes espaciales en busca de un expediente que les permitiera criticar esta vida mundana y apuntar una utópica alternativa de vida, generalmente desde una presunción idealista de nuestro satélite que sólo muy tarde se convierte en un fabuloso proyecto económico. Pero hoy conocemos al dedillo ese “corpus” literario gracias a la obra –tengo para mí que definitiva– del profesor Alfonso Alcalde-Diosdado, que ha logrado localizar nada menos que 275 obras del género –él diría del “mito”–, desde su brumoso y fascinante germinación pre-clásica en Oriente Medio y Lejano hasta la desmitificadora actualidad. En esa obra, *El hombre en la luna en la literatura*, podemos seguir ya cómodamente la asombrosa saga literaria de esos viajes imaginarios, desde la invención pionera de Luciano de Samósata hasta las versiones de la ciencia-ficción pasando por la ilusión de Dante, el deliquio de Ariosto, los ensayos de “ápistas” como el *Somnium* sensacional de Kepler (que Francisco Socas ofrece ahora, lo mismo que la lucianesca *Historia verdadera*, a una luz nueva y sabia), la aventura de Torres Villarroel, y demás relatos oníricos –en muchas ocasiones derivados del ciceroniano

Somnium Scipionis, conocido a través de Macrobio— en los que se incluyen las obras de Kepler o del padre Maldonado (otro paisano de Hervás como el legendario licenciado Torralba de que habla don Quijote con Sancho a lomos de “Clavileño”) y que alcanzan a Charles Sorel, a la ficción rabelesiana y a tantas otras que proponen periplos en carros maravillosos —incluido el de Elías— o en vuelos propiciados por agentes tan diversos como la propulsión provocada por la evaporación del rocío, la atracción favorecida por una sustancia antigravitatoria, la ayuda de fabulosos animales volantes, la malévola acción de los demonios y, por supuesto, a la acción de la magia o de las drogas. ¡Hasta sor Juana Inés soñó viajar por los cielos y dejó constancia literaria de ello!

Lo que encuentran en la luna estos visionarios, como ya le ocurriera a Luciano, es sumamente variado y casi siempre anormal o incluso teriomórfico: poblaciones simias, enanas o gigantes (¡ya llegará el éxito de Defoe!), rara humanidad unisex y masculina carente de ano, razas con ojos o boca en el torax... Falta mucho para alcanzar a Olaf Stapledon aún, pero lo mismo Cirano de Bergerac que Poe, Raspe, Verne, Welles o Arthur Clarke, van a utilizar ese mundo (o submundo, porque junto a la anábasis, practicarán también con frecuencia la catábasis lunar) para reflexionar sobre éste y, en no pocas ocasiones —seguidores, al fin y al cabo, de Moro, Campanella o Fontenelle— para proponer imaginarias utopías. Porque igual que al terrícola se le ofrece la visión de la Luna, desde la Luna se divisa la Tierra, ese planeta azul girando a su alrededor que, a juicio de esos astronautas, unas veces es mejor y otras peor que nuestro mundo, pero que ya siempre será un rincón perdido en ese espacio que Einstein explicará de una vez por todas que es “finito, curvo e ilimitado”.

El *Viaje extático* de Hervás es, pues, una fábula didáctica que trata de incluir toda la astronomía contemporánea —les haré gracia, por extenuante, de la nómina de estudiosos que consigna— y que divierte con su descripción de ese “mundo planetario” que visita con su acompañante, Cosmopolita, al que alecciona sobre la limitación del saber humano, el papel de la curiosidad y sus riesgos, las doctrinas clásicas y modernas, la premonitoria intuición de la historicidad del espacio y del tiempo, e innumerables hipótesis explicativas de la naturaleza y circunstancia de los enclaves

celestes, con especial atención a los eclipses y a los cometas, esas dos obsesiones de la época. De manera tajante descalifica a los “peripatéticos” al tiempo que previene ante la fantasía infundada y remite sin réplica a esa “mente superior” que la experiencia parece confirmarles. Dedicó también atención sobrada a los cometas –otra obsesión tras el suceso de Halley, a quien Hervás conoce bien–, protesta contra la superstición que despiertan junto con los eclipses, siempre en un tono sensiblemente naturalista que nunca choca con su profunda convicción trascendente ni con su ya aludido distanciamiento de Copérnico, compensado con su adhesión entusiasta a Newton y su alineación con el saber de su admirado Boscovich, otro jesuita sabio que “no se redujo jamás a creer que la Tierra se moviese alrededor del Sol... aunque se suponga verdadero el sistema newtoniano”. Pero recordemos que la Iglesia no advierte el “peligro” heliocentrista hasta que el desdichado Giordano Bruno definiera infinito al universo y Clavio advirtiese su contradicción con la Sagrada Escritura. Después de todo, no tenía por qué ser Hervás más papista que el papa.

En resumen, se trata de un viaje “extático” o “mental” además de incorpóreo – en la estela de Luciano que se prolongará durante siglos– dividido en tres etapas que le van a permitir conocer sucesivamente el Sol y los planetas, incluido Urano, recientemente descubierto por Herschell –a quien también conoce el autor– y, por descontado, pasando por la Luna. Téngase en cuenta que el sabio abate escribe en pleno auge de las teorías sobre la “pluralidad de los mundos” y de las teorías de la población extraterrestre, y es de notar el ingenio pretendidamente lógico con que el abate concibe a los distintos habitantes planetarios, adaptados cada cual a las presuntas circunstancias físicas del Sol o de su planeta. Porque aunque, en un principio, Hervás declara que esta idea de la población extraterrestre no es sino “producto del entusiasmo de algunos romanticistas”, luego acaba por ceder ante la posibilidad de que “la Providencia” divina haya poblado esos planetas como pobló la Tierra. Incluso argumenta textualmente con una frase que, ay, encuentro literal en la correspondencia del padre Feijoo, y en la que plantea a su acompañante: “¿Si vieras, Cosmopolita, un magnífico y soberbio palacio con un millón de habitaciones, te persuadirías que se fabricó para que en él se

habitase una sola?”. Un “hermícola” o un “joviano” tenían que ser distintos de un terrícola o un “lunático”, esa denominación humana que tanto los irrita, como nos explicará ese “abate español” que, con seguridad, es el propio Hervás, y que se queja ante la autoridad solar de la proliferación insensata de teorías y sistemas astronómicos en la especie humana que han convertido las universidades –¡muchas de ellas controladas por los jesuitas!– “en nuevas torres de Babel”. Pero la posibilidad queda abierta de vida extraterrestre, incluso sin atmósfera, con el argumento de que “las combinaciones de las leyes naturales son infinitas y podrían dar lugar a seres vivientes distintos a los humanos”. ¿No es Dios todopoderoso? ¿Y no leemos en el Evangelio de Juan aquello de “No todas mis ovejas son de este redil?”

Se viaja, de la Luna a Marte, por ejemplo, “a la velocidad del pensamiento” y hasta se plantea “la espinosa cuestión de la existencia de “cometícolas”, no sin advertir que las conjeturas científicas “no deben traspasar los límites que la razón prescribe”: el discreto equilibrio, como puede verse, es la regla de oro para nuestro abate. Antonio Herrera recordaba que, para el astronauta hervasiano, incluso cabría tildar de soberbia la pretensión humana de ser esa raza la única del Universo, cuando “lo más acertado sería suponer que nuestro planeta es lugar de destierro y cárcel de los ángeles soberbios” y llama la atención sobre las profusas explicaciones expuestas durante el viaje de vuelta, que incluye, junto a ingenuos ensayos cosmogónicos adaptados al *Génesis*, hasta la conclusión pesimista de que el misterio cósmico aconseja prescindir de elucubraciones especulativas que, a la postre, a nada conducen, razón por la que los “sabios” deben evitar los impracticables vericuetos dialécticos “de los que hoy llaman filósofos”. Véase hasta qué punto han de mantener un prudente equilibrio ideológico estos pensadores abiertos al saludable reflejo de “las Luces” pero conscientes de los riesgos que corren tanto frente a su propia Iglesia como al encono jansenista. Una prueba más: el Viajero (es decir Hervás) instruye a su acompañante, a punto de aterrizar, con una nueva soflama antiheliocéntrica con estas palabras: los copernicanos proponen “como dogma físico y astronómico el giro de la Tierra alrededor del Sol”, algo “nauseante a la verdadera física y demasadamente atrevido”. Todo indica

que Hervás considera el sistema propuesto por Newton como razonable y nada arbitrario. En el remate de su celebrada obra, encontraremos, no obstante, una cita tomada de las “Tusculanas” de Cicerón que suenan como un aviso a navegantes pero también como una excusa explicable en boca de un hombre que, a pesar de su fidelidad religiosa, tuvo sus duelos y quebrantos con la Inquisición. Decía esa frase: *Defendat quod quisque sentit: sunt enim iudicia libera*: Que cada cual defienda lo que piense: los juicios son libres. La silueta intelectual y moral del sabio jesuita se agiganta en esta íntima protesta apenas insinuada.

He dicho